

SANTA EUROPA

Lo intrigante del referéndum europeo *trompe l'oeuil* es el No que subyace al No oficial; más allá de la razón política. Éste es el No que resiste. Debe de haber en él algo muy peligroso para haber movilizadado tan decididamente en torno al Sí a todas las autoridades. Tal pánico defensivo es señal segura de que se esconde un cadáver en el armario.

Este No es claramente una reacción instintiva al ultimátum que el referéndum ha supuesto desde el principio. Una reacción a la complaciente coalición en torno a una Santa Europa infalible y universal. Una reacción al Sí como imperativo categórico cuyos partidarios no soñaron ni por un momento que fuera percibido como un reto, un reto que había que enfrentar. Por consiguiente no dice No a Europa, sino al Sí incuestionable.

Siempre hay algo exasperante en la arrogancia de una victoria asumida a priori, sean cuales sean las razones. El resultado se ha decidido por adelantado, y todo lo que se busca es un consenso. «Decir Sí al Sí»: esta fórmula ahora habitual oculta un terrible misterio. Sí ya no significa sí a Europa, ni siquiera sí a Chirac, o al orden neoliberal. Significa sí al Sí, al orden consensual; ya no es una respuesta, sino el propio contenido de la pregunta.

Nuestra europositividad está siendo puesta a prueba. Y por un reflejo de orgullo y autodefensa, el Sí incondicional exige un No igualmente incondicional. El verdadero galimatías es por qué no se ha producido una reacción aún mayor, más violenta, contra este síismo acrítico.

El reflejo del No no exige conciencia política. Es una devolución automática del fuego contra la coalición de todos aquellos que están de parte del bien universal, mientras el resto queda relegado al crepúsculo de la Historia. Lo que las fuerzas del Bien no consiguieron anticipar fue los efectos perversos de su propia superioridad declarada. Subestimaron la lucidez inconsciente que nos dice que quienes dicen tener razón no la tienen. Desde Maastricht y desde las elecciones de 2003, la corrección política –sea de derechas o de izquierdas– no ha querido saber de esta disidencia silenciosa.

Este No procedente de las profundidades no debería considerarse «obra de lo negativo», o del pensamiento crítico. Es un reto puro y simple al

principio hegemónico impuesto desde arriba, al que la voluntad de los pueblos le resulta indiferente, si no un obstáculo que hay que superar.

Para esta Europa de la simulación, a la que todos deben adaptarse, esta réplica fiel del sistema de poder mundial, las poblaciones son meras masas manipulables que deben desplegarse como coartadas para el proyecto. Las autoridades tienen mucha razón al temer los referéndum y toda expresión directa de una voluntad política que, dada la oportunidad de verdadera representación, podría tener malos resultados para ellos. Normalmente se encarga a los parlamentos el lavado de la operación y la ratificación de Europa de tapadillo.

Pero estamos muy acostumbrados a esta malversación de la opinión pública. No hace mucho, la guerra de Iraq se produjo gracias a una coalición internacional de todas las potencias contra la expresión masiva y espectacular de la voluntad de todos los pueblos. Europa se está construyendo exactamente con el mismo modelo. Me sorprende que el bando del No no haya hecho más uso de este ejemplo llamativo, esta *grande première* de desprecio total por la voz del pueblo.

Todo esto va mucho más allá del referéndum. Significa la descomposición del principio de representación, en la medida en que las instituciones representativas ya no funcionan en sentido «democrático» —del pueblo y los ciudadanos hacia las autoridades— sino en el contrario: de las autoridades hacia abajo, por medio de una consulta trampa y el juego circular de preguntas y respuestas, en el que la pregunta sólo se responde Sí.

La descomposición de la democracia, entonces. Y si hay que salvar el sistema electoral, ya desvitalizado por la abstención, a toda costa (incluso antes de votar Sí, el imperativo categórico es votar), es precisamente porque funciona como el opuesto a la representación real, con la inducción forzosa de decisiones tomadas «en nombre del pueblo» incluso cuando, en secreto, el pueblo piense lo contrario.

Al no haber inventado otro conjunto de normas del juego, Europa no tiene más solución que distenderse y agrandarse mediante una serie de anexiones, reflejando la superpotencia. Tras el rechazo de esta Europa a la que «no hay alternativa» subyace el presentimiento de una aniquilación más seria que aquella con la que amenazan el mercado y las instituciones supranacionales: la liquidación de toda representación verdadera; tras lo cual los pueblos de Europa se encontrarán irrevocablemente consignados al papel de extras a los que periódicamente se les pide que estampen el sello.

Independientemente del resultado, este referéndum no es más que un episodio, porque la propia Europa es tan sólo un episodio entre varios en el camino hacia una mayor pérdida de soberanía colectiva. Más allá de la figura del votante pasivo o manipulado se yergue la del ciudadano rehén, tomado cautivo por los poderes gobernantes; en otras palabras, una forma democrática de terrorismo de Estado.